HUMBERTO ZARRILLI

GESTA DE LA EMANCIPACION

POEMA DRAMATICO

Prólogo de Manuel de Castro

MONTEVIDEO 1944 IMPRENTA NACIONAL

Gesta de la Emancipación

Poema dramático en un prólogo y cinco cuadros

Palabras liminares

Nota ilustrativa: — Esta obra, en la que por primera vez se dramatiza la Historia Nacional, fué escrita por encargo del Consejo de Enseñanza Primaria y Normal y estrenada por los alumnos de la Escuela "República Argentina" en el Teatro Solis de Montevideo, bajo la dirección escénica del señor Fernando Amado, fué reprisada centenares de veces, ya en su forma total en teatros de la capital y del interior de la República, como en forma parcial, es decir uno o varios cuadros, en distintos locales escolares de las Escuelas de barrio o bien de Escuelas Rurales. Dada la forma como fué escrita —abarcando cada cuadro un episodio histórico con valor independiente— esta obra se adapta para realizar ejercicios de dramatización con la finalidad de interesar por el conocimiento histórico, así como de intensificar el sentimiento patriótico, tanto si ella se representa integralmente en escenarios teatrales como en los salones de clase o en el patio de la Escuela.

Aunque las canciones han sido musicalizadas por los maestros Vicente Ascone, Apolo Ronchi y señora Yolanda Benedetti de Queirolo, sus letras se adaptan para ser cantadas con cualquier estilo o vidalita de nuestro folklore.

En la tradición histórica del Uruguay encontró Humberto Zarrilli un rico venero para desarrollar sus excepcionales dotes de poeta y autor teatral. Sin perder nunca de vista

el material específico de su Teatro que lo forman los niños escolares y su finalidad artístico-educativa, quiso poner al alcance de la sensibilidad e inteligencia infantiles, los episodios más salientes de nuestra Gesta emancipadora desposeyéndola de todo artificio, de todo ademán enfático, para ajustarse a una interpretación humana y cordial de los acontecimientos, utilizando los planos primordiales y definitivos de la Historia, en la seguridad de exaltar de tal modo y con la mayor eficiencia, el auténtico patriotismo. Tal se desprende de su obra "La Gesta de la Emancipación" realizada en un prólogo y cinco cuadros que traduce en su esencia —valga la feliz expresión del gran pedagogo desaparecido señor Morey Otero— "un patriotismo libre de culpas ante la hisoria" ya que se afinca en el credo artiguista: "con libertad, ni ofendo, ni temo".

Antes de sindicar las virtualidades teatrales y pedagógicas de esta nueva concepción de Humberto Zarrilli, hemos de transcribir un interesante juicio inserto en "El Día" con motivo del estremo de Gesta de la Emancipación y que suscribe el reputado critico señor Cyro Scosería.

"La "Escuela República Argentina" que hace cuatro años realizaba el primer ensayo de Teatro Escolar en nuestro medio con el estreno de "Hassan el Soñador" acaba de ofrecernos la más acabada y perfecta realización de ese género, llevando a escena en el Teatro Solis, una nueva obra escrita como aquella primera por el poeta Humberto Zarrilli, para los alumnos de ese centro de enseñanza. Aquel bello impulso inicial no dejó de tener eco simpático. Se advirtió desde el primer momento cuanto ¡con qué provecho! podía obtenerse de los niños, sustituyendo la banalidad de los habituales festejos o festivales escolares de fin de curso, por algo nuevo, el espectáculo orgánico que ofreciera a los alumnos más despejados la oportunidad de superarse en el lucimiento de la propia personalidad con amplio margen de rendimiento a favor de todos los compañeros. Surgió así un nuevo género de literatura pedagógica; un teatro de posesía escrito para niños y representado ocasionalmente

por niños. Y subrayamos lo de ocasionalmente, pues en ello está la ventaja que surge en primer término en este género de representaciones, en las que no se tiende a crear esa cosa monstruosa que es el niño histrión, el niño dedicado al teatro con el consiguiente perjuicio de la propia salud. Estos espectáculos escolares al estudiar y representar obras teatrales para su propio recreo, esporádicamente, es por el contrario buen ejercicio para la memoria y el entendimiento y aún para los pulmones, dando además soltura y elegancia en la dicción y en los modales.

En la Gesta de la Emancipación "Humberto Zarrilli, que ya había triunfado plenamente con obras de maravillosa fábula, como de contenido humano y artístico, tal La Conquista del Fuego, La Isla Afortunada, La Ciudad del Dragón, Primavera y otras, se nos muestra bajo un nuevo aspecto, afirmándose, directamente en la realidad histórica que sirve de fundamento a aquella creación, que tiende a mostrarnos el ambiente y los sentimientos de la época que precede al nacimiento de nuestra nacionalidad, pero que sobre todo exaltan el amor a la libertad".

Todo el inquieto y dramático período que precede al nacimiento de la nacionalidad uruguaya, está hábilmente captado en una sucesión de cuadros vigorosos de un hondo poder evocativo. La extricta fidelidad en la reconstrucción de la época colonial, a través de los personajes y del medio ambiente; el aliento patriótico y lírico de que está imbuida la obra; los aciertos emocionales y de sugestión plástica que jalonan cada episodio arrancado a nuestra Gesta heroica, hacen de esta pieza teatral de Zarrilli, un modelo del género.

Los niños adquieren —junto con el auditorio— un sentido vivo y depurado de la Historia, cuyos hechos al ser arrancados de la fría exposición del texto y transferidos al plano de la realización artística, cobran un valor definitivo, grabándose en la mente y en el corazón de todos, con una palpitación vital. No se trata pues, de una simple y manida lección de historia dramatizada con más o menos habilidad, sino de una obra orgánica, concebida y escrita con

un sentido de responsabilidad total y en la que los diversos elementos que la integran convergen hacia la exaltación del sentimiento de la libertad y la democracia simbolizando en la epopeya de Artigas.

Los elementos representativos del coloniaje hispano: cabildantes, oidores, patricios y militares —de entronque secular, afincados en la muy fiel y reconquistadora ciudad de Montevideo—, aparecen patentizados en su rancia y fuerte raigambre social. Junto a ellos se mueve, con signos de inquietud y rebeldía, el espíritu de la nacionalidad uruguaya, incipiente aún, pero cuya fuerza se manifestará más tarde, al oponerse a todo extraño vasallaje y crear el ejército libertador, con el aporte del gaucho bravío y montaraz, de los patriotas de la Metrópolis y los negros redimidos de la esclavitud por el ansia de independencia.

Del choque de estas tendencias, de profundos e incisivos antagonismos, surge el drama histórico, encarnado en la figura caudillesca de Artigas, cifra y divisa del pueblo oriental en los días de dura prueba en que se gestaba el destino de la patria oprimida. Tal es el ambiente del primer cuadro de la Gesta de la Emancipación y que Zarrilli resume en el episodio de los conspiradores, cuando el clarín augural de la Revolución de Mayo llega, con vibrante eco, a estas latitudes, soliviantando los corazones y encendiendo la fe de los patriotas.

Luego, la tradicional placidez de la ciudad —de paz hogareña, turbada por los cuchicheos y atisbos de la revuelta— se trasunta con fidelidad en el segundo cuadro, ajustado y sobrio en el que, a través de gestos, emocionados silencios y frases aisladas, se presiente el hálito de tragedia que conmoverá los cimientos de aquella sociedad recatada, cuya vida transcurre bajo el signo de Dios y del Rey de las Españas, depuesto de su trono por la invasión napoleónica.

Y así llega el término de la velada familiar (auténtica fiesta colonial reproducida con exactitud y gracia) con el clásico minuet interrumpido de pronto con la noticia del

levantamiento patriótico que sobrecoge el ánimo colectivo.

En otro vigoroso cuadro se destaca, por su virtualidad artística y emocional, obtenida con certeros recursos, el episodio de la despedida del Caudillo y su esposa, en un dialogado henchido de belleza y conmovedora ternura, sobre el fondo de onduladas colinas que recorta la recia silueta de un ombú solitario.

Más, donde la visión teatral de Zarrilli alcanza en esta obra su culminación más vivaz y plástica es en la escena en que Gurí (interesante personaje infantil que resume el sentimiento popular de adhesión a la causa de los patriotas), parapetado tras los muros de una azotea nos transmite, con la sola sugestión de la palabra y el gesto, las alternativas de la Batalla de las Piedras, que le es dado seguir desde aquel improvisado refugio.

Con un recurso tan elemnetal y por lo mismo harto difícil, como lo es la transmisión de un encuentro guerrero a través de la narración emotiva de un niño, logra el autor zanjar una grave dificultad escénica e introducir en su poema dramático, el episodio más saliente de la gesta emancipadora, como lo es, sin duda alguna, el triunfo de Artigas sobre las huestes realistas de Posadas.

Las reacciones de temor o de júbilo, según las viscisitudes de la contienda que se suceden en el ánimo suspenso de Gurí están muy bien logradas, evitándose la visión concreta de la Batalla o su fría descripción técnica, para darnos únicamente las sugestiones emocionales a través de las incidencias más significativas. De tales reacciones son partícipes, para dar más fuerza y patetismo a la escena, la negra Dominga, que parece escapada de un estampón de Pedro Figari y el niño Tacuabé, cuya timidez ingénita hace vivo contraste con la bizarría precoz de Gurí, que augura ya al futuro soldado de la patria naciente.

Culmina la bella fuerte obra con el episodio del "Exodo del Pueblo Oriental, realizado con la abreviación de elementos que permite la escena moderna, sin mengua de la grandeza evocativa del cuadro.

La figura de Artigas —tan puesto a prueba por el infortunio— se ve rodeada, como una sombra tutelar, por soldados, baqueanos, madres, sacerdotes, payadores, viejos, niños, en una marcha de crujientes carretas y de cabalgaduras, erizadas de lanzas de tacuara, friso viviente, que ha perennizado Zarrilli, humanizándolo, con un soplo de tragedia antigua.

Se trata, como puede verse, de una viva lección de Historia, realizada con verdadera maestría, para cabal conocimiento de los niños, no sólo del espíritu que animó a nuestra Gesta, sino también de las costumbres de la época, tanto de la ciudad como del campo, las cuales, se reproducen en los distintos cuadros.

Más tarde habría de enfocar Zarrilli, como núcleo primordial de una nueva obra el motivo subyugante de "El Exodo" teatralizándolo por primera vez en el Uruguay. Tema de por sí árido, por sus proyecciones humanas y artísticas, colmado de dificultades para su realización técnica, su planteamiento dentro de las normas del Teatro Escolar, representa un verdadero alarde de poder creador.

La multiplicidad de los personajes que actúan en un primer plano; la magna significación del hecho histórico evocado; el desplazamiento, en sucesivos cuadros, de una acción coordinada; el reflejo fiel de las costumbres y usos de la época y el sentido simbólico de aquel pueblo trashumante a quien solo guía la fe en el Caudillo y el amor al suelo patrio; todos estos elemntos diversificados a los que es necesario ensamblar dentro de la unidad orgánica de la obra, son capaces de arredrar la voluntad del artista mejor dotado.

Más, volviendo a la Gesta de la Emancipación, motivo de estas palabras liminares, diremos que esta obra determina por sus virtudes cardinales, un aporte fundamental para el conocimiento directo de nuestra historia, animada en cuadros vigorosos y a la vez poéticos, que realza la música del maestro Ascone, inspiradas en nuestro auténtico folklore. Los niños logran aprehender a través de gestos, diálogos y episodios, el proceso íntimo de la gesta emancipadora, des-

tacada en planos simples y fuertes, como para grabarse indeleblemente en el corazón y en el entendimiento de la infancia. Con harta razón expresa el gran escritor italiano H. Ioncoli que tuvo ocasión de asistir a la representación de "La Gesta de la Emancipación" a su paso por Montevideo "que el patriotismo uruguayo, que prevalece en el poema de Zarrilli, nada tiene de común con los nacionalismos detonantes, excluyentes, agresivos, tan puestos hoy en boga por los árbitros de la política mundial. Es patriotismo auténtico, libre de imitaciones y de culpas ante la historia —esencialmente libre— cuya expresión sintética la da el lema de Artigas: con libertad, no ofendo ni temo".

Y al referise a la representación agregó: "No concedíamos a la labor de los artistas escolares otro valor que el del esfuerzo, más o menos premiado por la benevolencia del espectador. Y nos equivocamos de medio a medio.

Después de ver lo que vimos en el Solis, rectificamos laladinamente ese tan superficial prejuzgamiento nuestro. Momentos hubo en que más que ante aficionados nos parecía estar en presencia de un conjunto de artistas de cartel.

Las muchachas, muy señaladamente, llenaban la amplia escena, asombrado —es la palabra— con su extraordinaria composición en los bailables, su feliz armonización vocal, su naturalidad en los dialogados y el fácil dominio de las tablas. Es indudable que muchas compañías de las buenas podrían presentarse, sin desmedro, con tales artistas. Se trata de un nobilísimo y logrado empeño de identificar el apostolado de la enseñanza con la magia del arte".

Humberto Zarrilli, en síntesis, ha tratado en la Gesta de la Emancipación de sindicar la auténtica gloria de Artigas que no se afinca solamente —como la de otros paladines de la Independencia— en meros triunfos militares, que los tuvo y muy brillantes en la alborada de la Revolución. Más bien el autor nos presenta al naciente espíritu republicano encarnado en la figura arquetípica del caudillo oriental, hacia quien convergían los anhelos vindicativos de los patriotas enfervorizados con el ejemplo de las virtudes democráticas, trasuntadas en la acción y en el pensamiento y que

merecieran el consagratorio juicio de los congresistas de Filadelfia "de bravo y caballeresco republicano".

Esta obra, aparte de los significativos éxitos obtenidos en los distintos teatros y escuelas de la República, integra el plan de Ejercicios de la Cátedra de Dramatización que funciona en los Institutos Normales, bajo la dirección de Humberto Zarrilli, con la fervorosa colaboración del profesor señor Fernando Amado, Cátedra creada bajo los auspicios de la señorita María Orticochea, Directora de aquel centro docente y que tan excelentes resultados procura a los futuros maestros al familiarizarlos con nuevos módulos de expresión y acrecentar, de suyo, el acerbo cultural, al ponerlos en contacto con las fuentes de la Historia Nacional, el folklore, el vestuario y la plástica, en una viva conjunción creadora.

Manuel de Castro

Gesta de la Emancipación

PERSONAJES

América.
Predestinado.
José Ignacio. — Arquetipo del caudillo.
Raúl. — Conspirador ciudadano.
Pedro. — Conspirador ciudadano.
Emponchado I. — Conspirador ciudadano.
" *II.* — " "
" *III.* — " "
Alvarado. — Arquetipo del oficial criollo que permanece fiel a España.
Gobernador Joaquín de Soria.
Maestresala.
Invitados e invitadas.
Gurí. — Arquetipo del niño heroico de la gesta emancipadora.
Gabino.
Dominga. — Arquetipo de la esclava oriental, muy consentida.
Pilar.
Florinda.
Orfilia.
María Julia. — Arquetipo de las virtudes domésticas de la raza.
Tacuabé.
Señoras amigas.
Braulio.
Payador Medina. — Arquetipo del poeta de la independencia.
Paisanos.
Nicanor. — Arquetipo del gaucho soldado de Artigas.
Mariano. — Pulpero español.
Hilario.
Rosendo.
Franciscano. — Arquetipo del franciscano patriota.
Paisana I.

Pueblo - Peonada

PROLOGO

(Claro de un monte a orillas de un río nativo. La escena está iluminada por un rayo de luna que atraviesa el follaje. Al descorrerse la cortina el personaje estará en actitud pensativa apoyado en un árbol. La orquesta, a la sordina, subrayará esta actitud e interpretará el estado psicológico del héroe).

ESCENA I

Predestinado. — ¿Dónde encontraré la paz de mis antiguos y soñadores días? ¿Quién enturbió el remanso de mis horas, vividas para los sencillos afectos y las honradas faenas, regidas por las albas y los atardeceres? *(Transición)*. Si todo está lo mismo que antes, ¿qué significa esta mudanza mía? *(Exaltándose)*. Pero en verdad todo está igual y no hay una palabra que resuena más alta que todas las palabras que escucho. ¿No hay un eco que se sobrepone a todos los murmullos? Todo ha cambiado sin que haya cambiado nada.

Hasta el paisaje familiar, que siempre lo llevé en mí sin acariciarlo, me sale de adentro y me tropiezo con él a cada instante. Las cuchillas, que siempre fueron dóciles al galope de mi potro, ahora se hierguen ante mí en la actitud de quien va a lanzar el grito de una nueva esperanza .... ¡Qué más!...., si hasta el horizonte me sale al encuentro flameando como una bandera ... ¿Qué me sucede? ¿Qué acechanza me tiende el destino con mis viejas cosas eternamente nuevas?

ESCENA II

El mismo y América

América. — Soy yo que te llamo a cumplir tu destino y mi destino.

Predest. — ¿Quién eres?

América. — El alma de tu pueblo. Soy América.

Predest. — ¿Quién soy yo entonces? Revélame la clave de mi vida.

América. — Eres la todavía no visible estrella que rige mi destino.

Predest. — No entiendo bien; pero veo un fulgor más alto que todos los fulgores.

América. — Tu corazón y el mío están por él encendidos.

Predest. — ¿Pero mis ojos en la sombra, lo encontrarán?

América. — Sí, donde quiera que vayas, en las cuchillas, los montes y los ríos, te esperará inmutable porque han vivido presintiendo al hombre.

Predest. — No sé por qué te temo y te obedezco. Lo que dices es terrible y me embriaga. ¿Por qué lo dijiste?

América. — Porque sufría, pero no con el sufrimiento manso de las cachimbas abiertas en nuestros valles al apacible ensueño de los atardeceres, sino con el clamor salvaje del pampero que busca un oído para anidar en él, el terrible sentido de su libertad.

Predest. — ¿Qué esperas de mí?

América. — Al que por estar por encima de sí mismo, debe estar por encima de sus victorias y sus derrotas.

Predest. — ¿Todo eso vale la palabra que no has de decirme nunca?

América. — ¡Hijo mío!, con lucha, fuego y dolor de tu parte verás escrita esa palabra. ¡Hijo mío! no está en tí; está en el rumor de mis cadenas.

Predest. — En verdad, entonces, es irremediable mi destino.

América. — (Desgarrando la túnica). ¡Te entrego mi hijo predilecto, pueblo mío!

Predest. — ¡Libertad! ¡Escúchala pueblo mío! ¡Grítala paisaje mío! Hoy que al fin nos hemos comprendido.

(En este instante la escena se aclara con las luces del amanecer. Se oyen trompas guerreras y entra en escena figuraciones de la mitología heroica que danzan de acuerdo con los compases bélicos que ejecutará la orquesta).

Final del prólogo

CUADRO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

(Interior de un rancho en las inmediaciones de Montevideo).

J. Ignacio. — ¿Están enviadas todas las citaciones?

Raúl. — Absolutamente todas.

J. Ignacio. — Eres un secretario diligente. Ya llegarás a saber cuánto vales.

Raúl. — ¿Qué se sabe de esa fragata inglesa?

J. Ignacio. — Según mis informes, ya debe de estar fondeada. Estoy impaciente por saber si las informaciones que trae con respecto a la situación del viejo mundo son las mismas que nosotros deseamos tanto.

Raúl. — Posiblemente, el Gobernador Soria, ya habrá tomado todas las medidas pertinentes para incomunicar la nave.

J. Ignacio. — Sí, el Gobernador, que no es nada tonto, ya ha dispuesto, que apenas arribe, sea ocupada por fuerzas de marinería.

Raúl. — ¿Y entonces?

J. Ignacio. — Yo, que tampoco me duermo, he maniobrado de manera que entre los que componen esas fuerzas haya alguno de los nuestros.

(En este momento se oyen golpes en la puerta).

J. Ignacio. — (A Raúl) Abre. (Raúl abre y aparece Pedro).

Pedro. — ¡Albricias! ¿Qué fecha es hoy?

Raúl. — 13 de Mayo.

Pedro. — ¡13 de Mayo de 1810! ¡Será una fecha histórica!

J. Ignacio. — Bueno, despacha de una vez, que estamos impacientes por saber la causa de que esta fecha sea memorable.

Pedro. — La causa es el arribo de la fragata "José Paris".

Raúl. — (Impaciente). Dínos de una vez las novedades.

Pedro. — ¡Bueno iré al grano! Ni trayendo tan buenas noticias lo dejan a uno expansionarse.

J. Ignacio. — Bueno, has todos los rodeos que quieras. Todo se te debe perdonar ya que si eres abundoso en palabras también lo eres en buenos actos.

Pedro. — Gracias José Ignacio. Las noticias que traigo no pueden ser más halagadoras. Llegó la ocasión tan esperada. El capitán de la fragata inglesa declaró que el ejército francés ocupa casi toda España y que la Junta Central de Sevilla ha sido disuelta; de hecho no hay autoridad sobre las colonias. América no tiene amo. ¡Viva Napoleón!

J. Ignacio. — Calla, Pedro, que Napoleón nos favorece sólo indirectamente. Napoleón no pelea en nuestro provecho sino en el suyo.

Pedro. — Sí, pero mientras pelea, derrama por el mundo las ideas de la revolución Francesa.

J. Ignacio. — Si se enterara Soria que eres tan Francesista, no daba un real por tu cabeza.

Pedro. — Menos daba yo por todas las colonias de Fernando VII, el ídolo de los godoístas.

J. Ignacio. — Bueno, no hay que ser ni Francesista, a pesar de que reconozcamos todo lo que le debemos los criollos a las ideas y ahora a las armas de Francia, ni godoísta porque si siguiéramos en esa actitud, llegaríamos a la conclusión de que deberíamos ser inglesistas ya que las invasiones Inglesas, abrieron a cañonazos el comercio del Río de la Plata y demostraron por su periódico "La Estrella del Sur", cuán absurdo

era que los americanos siguieran soportando la tutela de España.

Pedro. — Pero por lo menos le debíamos de estar agradecidos.

J. Ignacio. — Ah, Pedro tú eres un excelente patriota, pero tu pensamiento siempre se queda en la superficie de las cosas. No hay más que intereses de ingleses que, por un instante, coinciden con los nuestros.

Raúl. — Entonces, ¿qué hay que ser?

J. Ignacio. — Independientes.

(Se oyen golpes nuevamente).

J. Ignacio. — (A Raúl). Es la señal convenida, debe ser uno de los nuestros, abre. (Raúl abre la puerta). (Llegan tres embozados).

J. Ignacio. — La contraseña.

Embozados. — Emancipación.

J. Ignacio. — Está bien.

ESCENA TERCERA

Los mismos y conspiradores

J. Ignacio. — Deduzco que estoy en presencia de los Delegados de campaña.

Embozado I. — Efectivamente.

J. Ignacio. — ¿Cómo aceptan nuestra causa los paisanos?

Embozado II. — Ellos son los que la comprenden mejor.

Embozado III. — Nuestra misión se facilita grandemente con sólo explicar la defensa a los hacendados, del Doctor Mariano Moreno.

J. Ignacio. — Mariano Moreno, ¡Cuánto le debe América a tu inteligencia! De todos los que luchamos por la emancipación, en nadie como en Artigas y Moreno he advertido pasta de próceres. (Transición). ¿Pueden informarme algo de Artigas

Embozado I. — El paisanaje lo adora.

Embozado II. — El aprovecha ese ascendiente sobre la masa, para explicarles sencillamente y en su lenguaje pintoresco, sus ideales Republicano - Democráticos.

Conspira I. — Bastaría que Artigas lo indicase, para que toda la campaña se pusiese de pie como un solo hombre, y transformarse sus hábitos de trabajo en instintos de guerra.

Conspira II. — Poco le falta al gaucho, cuyas mismas tareas son heroicas, para transformarse de pastor pampeano en centauro guerrero.

J. Ignacio. — Un caudillo que encarne ese ideal.

Conspira III. — Artigas y la emancipación.

Todos. — ¡Viva la emancipación!

(Se oyen golpes en la puerta).

ESCENA CUARTA

Los mismos y el Teniente Alvarado

Alvarado. — (Entrando). Buenas noches, señores. Heme aquí José Ignacio.

J. Ignacio. — Puntual has sido, Alvarado.

Alvarado. — ¿En qué puedo servirte?

J. Ignacio. — Te lo diré cuando esos señores tengan la bondad de dejarnos solos un instante.

(Los conjurados hacen un saludo silencioso y se retiran a una habitación contigua).

J. Ignacio. — (Una vez solos). Ahora podemos hablar tranquilos.

Alvarado. — A lo que veo, se trata de un negocio serio.

J. Ignacio. — Efectivamente, lo es, Alvarado. De otra manera, no me hubiese tomado la libertad de darte una cita en un lugar tan apartado y en hora tan inoportuna.

Alvarado. — La amistad que nos une te dá derecho a eso y mucho más.

J. Ignacio. — Gracias. Precisamente ese inalterable afecto que te profeso y que no está exento de respeto por tu hombría de bien, me impulsó, apenas tuve conocimiento de tu llegada a Montevideo, de informarte por deber de lealtad, de la actitud asumida por la juventud criolla del Plata, ante los acontecimientos euro-

peos y que obliga más que nunca, a pensar en el destino de América.

Alvarado. — Nuestra actitud no puede ser más que una, y sobre todo la de aquéllos que como nosotros ciñen espada: mantener la fe jurada a nuestro señor natural, Su Majestad Fernando VII.

J. Ignacio. — Fernando VII ha perdido su corona, y él y España no son más que cautivos de Napoleón. Noticias recientes me lo confirman.

Alvarado. — Aunque eso fuese verdad, nuestro compromiso de honor subsiste, y hasta cierto punto es más ineludible. Fernando VII perdió el Estado, pero no la Realeza y nosotros súbditos suyos no debemos abandonarlo, si no antes bien, declarar la guerra a Napoleón y ayudarlo a reconquistar lo que le pertenece por derecho divino.

J. Ignacio. — Gaspar de Alvarado ¿tú crees que soy un hombre de honor?

Alvarado. — Mi espada saldría sola de la vaina si algún osado se atreviera a ponerlo en duda.

J. Ignacio. — Y bien, amigo mío, yo que me he criado en tus mismos principios; que juntos compartimos en el pago que nos vió nacer, la gloria de las hazañas infantiles y luego fuímos hermanos de armas, ya no pienso como tú.

Alvarado. — ¿Qué oigo? Dime más bien que ahora es de día y creeré eso con más facilidad que convencerme que has dejado de ser un caballero.

J. Ignacio. — Tranquilízate Alvarado, tampoco yo toleraría que alguien lo dudase.

Alvarado. — Entonces, ¿qué significaba, eso de que no piensas como yo?

J. Ignacio. — Es que tú piensas como un español, y antepones a todo deber, el de ser fiel a tu Rey.

Alvarado. — ¿Y tú?

J. Ignacio. — Yo pienso como americano, y mi supremo deber es la patria.

Alvarado. — La patria de todo Americano, es la patria de su Rey.

J. Ignacio. — Eso es lo que nos enseñaron.

Alvarado. — Lo que aprendimos en el hogar de nuestros mayores, espejos de hidalguía y lo que ha sido noble antes, lo será siempre.

J. Ignacio. — No dudo de la virtud de las enseñanzas de nuestros padres, y aún de su grandeza, puesto que ellos estaban de acuerdo con su época; pero, más creo en lo que yo mismo aprendí meditando a solas.

Alvarado. — Un caballero no medita, cumple.

J. Ignacio. — Antes que caballero se es hombre, y ese hombre, que hay en mí es hermano de todos los hombres que luchan y sueñan bajo el mismo cielo, que galopan sobre las mismas cuchillas, y beben las aguas de los mismos ríos ... Y el hombre que hay en mí, sueña y lucha para que en este pedazo del mundo que nos vió nacer y en el que todos tenemos los mismos ideales y comunes esperanzas, desaparezca la esclavitud, la explotación, la injusticia, la ignorancia. El hombre que hay en mí quiere que todos los otros sean tan caballeros como él: ésta es la palabra nueva, que no es contraria a la de mis padres, sino su natural consecuencia, como el nieto lo es al abuelo. Entre el abuelo y el nieto estamos nosotros. ¿A quién seguir?

Alvarado. — Tú y yo, y todos los bien nacidos que hay en América somos españoles. La sangre que corre por tus venas y por las mías, se ha derramado mil veces asombrando al mundo de heroísmos en todas las tierras y mares. Siempre tengo presentes a mis abuelos con distintas armaduras pero con idéntico arrojo, luchando contra las más variadas razas y en los climas más diferentes. Oh, no; prefiero ser el último Alvarado, el último español, antes que el primero de otra raza o de otra estirpe.

J. Ignacio. — No me comprendes; es que la patria que yo sueño, la patria de mis hijos, no detendrá la gloria

de España: lejos de ello conservará sus virtudes pero rectificará sus errores. El verdadero hombre libre y por lo tanto noble no tolera la esclavitud para sí, ni para los demás. Pero ¿cómo puedes creer tú Gaspar, que pasaron en vano tres siglos, para una raza que acabas de exaltar, vividos en este escenario magnífico, donde todo es libre, donde todo es generoso, donde todo es ilimitado, desde las pampas hasta los ríos que depositan oro en sus arenas?

(En este instante se oye el rasguear de guitarras que modulan sones americanos. J. Ignacio corre a la ventana y las escucha hasta que se pierden en la lejanía).

J. Ignacio. — Oyes, Gaspar, ¿no es la misma guitarra española?

Alvarado. — Es la misma.

J. Ignacio. — Y sin embargo el alma es distinta; es americana. Por amor a la madre patria la conservamos y sin embargo por la magia del aire, del sol, o de qué se yo qué, la copla se convirtió en vidalita, como la capa en poncho. Así pasó en nosotros como en la guitarra. No queremos renegar de España, sino de aquéllos que no dejan engrandecer a América y a ella misma. Si, Gaspar, somos la misma guitarra, pero con un canto nuevo.

Alvarado. — Las guitarras pueden cambiar y los trotamundos que las tañen, pero no un caballero para quien el contrasentido de las cosas debe ser tenido por perjudicial, como la herrumbre para la espada.

J. Ignacio. — ¡Cuánta pena me da que vivamos en tan distintos conceptos!

Alvarado. — No son conceptos lo que nos separa; son los sentimientos. Yo me siento compenetrado con mis mayores y voy hacia la misma luz de mi origen. En ti, otro sentimiento que no comprendo te lleva no sé adonde.

J. Ignacio. — Me hace viajar hacia el destino de los míos y el de los otros. (Transición) Tú, eres el ayer, amigo mío, y yo soy el mañana; nuestros corazones son igualmente puros, pero nuestro lenguaje es para nosotros incomprensible. Separémonos, aunque tristes, sin rencores, como el día que termina saluda melancólica y bellamente a la estrella que nace.

Alvarado. — José Ignacio de Avila, amigo de mis mejores días, no te comprendo pero te respeto. Seamos tan leales adversarios como hemos sido leales camaradas, como espero que lo serán todos los que se encuentren en campo adversario en esta lucha que presiento; no importa que haya dolor si hay honor.

J. Ignacio. — Teniente Alvarado, caballero sin tacha, te mereceré como adversario como te he merecido como amigo.

(Ambos desenvainan sus espadas y se saludan con ella. Una vez envainadas éstas, Alvarado se dispone a retirarse).

Alvarado. — ¡Adiós caballero!

J. Ignacio. — ¡Abrázame Gaspar!

Alvarado. — (Cambiando la actitud mantenida hasta ahora, para dar rienda suelta a una viril emoción). Querido José Ignacio, te acuerdas del solar ... de aquella tarde en que mamá ... (Se le anuda la garganta).

J. Ignacio. — Me acuerdo, me acuerdo del pago. (Alvarado se desprende de los brazos de J. Ignacio y hace mutis).

ESCENA QUINTA

José Ignacio solo y luego Raúl, Pedro y demás conjurados

(Una vez solo José Ignacio va hacia a la ventana y apoya la cabeza en los vidrios en actitud reconcentrada. A los pocos instantes comienza

a oirse el rasgueo de la guitarra. José Ignacio los escucha con creciente emoción hasta que se pierden en la lejanía).

J. Ignacio. — ¡Ardientes guitarras españolas! ¡Dulce vihuela americana! ¡Almas idénticas con distinto acento!

(Entran *Pedro, Raúl y demás conjurados).*

Pedro. — ¡Por fin se fué ese godo! Yo creo que nos venderá.

J. Ignacio. — (Reaccionando). No te tolero, Pedro, que te expreses irreverentemente de nuestros nobles adversarios, so pena de verme disgustado. Deja esos motes para los villanos. Un hombre de bien no rebaja la estima a quien no piensa como él y sabe sostener sin embargo, dignamente su posición.

(En ese instante se oyen golpes redoblados en la puerta).

Una voz. — (Desde afuera). ¡Ah de la casa! ¡Abrid la puerta!

Pedro. — No abras.

J. Ignacio. — (Abriendo la puerta). ¿Qué buscáis en esta casa honrada?

Sargento. — Nada señor; como vi luz en lugar tan apartado y en hora avanzada, es mi obligación llamar.

J. Ignacio. — Bien has hecho, Sargento. (Vase Sargento).

Pedro. — Eres muy ingenuo, José Ignacio, el godo nos ha vendido.

J. Ignacio. — (Desenvainando la espada). Nunca lo creeré; y mi espada está dispuesta a sostenerlo. En la lucha con los españoles, encontraremos dignos adversarios, pero jamás traidores.

Telón

CUADRO SEGUNDO

Sala en casa del Gobernador

(Este cuadro, en el que se realiza un sarao, tiene por objeto dar al espectador la representación del ambiente urbano y aristocrático de la época de la Colonia. Por lo tanto, la decoración y el mobiliario, tienen que corresponder a dicha época. Al levantarse el telón los jóvenes están bailando un minuet. Las personas de más edad, darán la apariencia de estar entretenidas comentando sucesos de actualidad. De pronto interrumpe la danza arbitrario toque de clarín, seguido a los pocos instantes por el arribo de Pedro, con la sensacional noticia de la Revolución de Mayo).

ESCENA I

Gobernador Joaquín de Soria, Alvarado, y el Alférez Pedro. Invitados e invitadas.

Maestresala. — Tenga Vd. la bondad de retirarse, caballero, no es usted un invitado.

Pedro. — Quita de allí, si no quieres probar la dureza de mi bastón.

Maestresala. — Perdón, señor, su proceder es incorrecto.

Pedro. — (Apartándolo). ¡Te dije que entraría!

G. Soria. — ¿Qué significa este descomedimiento, Alférez Quintana? ¿Desde cuándo se puede entrar en mi casa llevándose a todo el mundo por delante?

Pedro. — Perdone, Vuestra Excelencia, pero soy portador de las más extraordinarias noticias.

G. Soria. — ¿Qué noticias son ésas?

Pedro. — En el día de ayer, 25 de Mayo, el Virrey Cisneros ha sido sustituído en Buenos Aires, por una Junta Revolucionaria.

G. Soria. — ¿Quiénes son los rebeldes que la componen?

Pedro. — (Desenvolviendo un rollo de papeles). Cornelio Saavedra, Manuel Belgrano, Juan José Castelli, Miguel Azcuénaga, Manuel Alberti, Domingo Matheu, Juan Larrea, Juan José Passo y Mariano Moreno.

G. Soria. — Comunica a los jefes de plaza que se acuartelen las tropas, y que no se permitan reuniones callejeras.

Pedro. — Está bien Excelencia. (Se retira).

G. Soria. — (Dirigiéndose a los presentes). Pueblo de esta noble y fiel Montevideo, hoy más que nunca: ¡Viva España y viva el Rey!

Todos. — ¡Viva!

Embozados. — (Desde afuera). — ¡Viva América! ¡Viva la Emancipación!

Telón

CUADRO TERCERO

ESCENA PRIMERA

(Patio arbolado de la estancia de José Ignacio, en Las Piedras, Departamento de Canelones)

Gabino, peón de la estancia y Gurí niño de 12 años.

Gurí. — (A Gabino que pasa cruzando la escena, y canturreando una canción). ¡Gabino! ¡Gabino!

Gabino. — (Volviéndose). ¿Qué quieres Gurí?

Gurí. — ¿Es cierto que el patrón llega hoy?

Gabino. — Sí, y qué hay. ¿Para qué quieres saberlo?

Gurí. — Quiero que me digas si hoy parten los de Canelones.

Gabino. — (Queriendo guardar discreción). ¡Oígale al Gurí! ¿Y para dónde quieres que partamos?

Gurí. — ¡No te hagas el inocente! Yo ya lo se todo. (Insinuante). Llévame contigo Gabino.

Gabino. — ¿Estás loco Gurí? ¿Qué edad tienes?

Gurí. — (Haciendo ademán de atuzarse un bigote imaginario) ¡Mira! ¡Ya tengo bigote!

Gabino. — (Riéndose). Lo que tienes son pretenciones.

Gurí. — Llévame, tocaré el tambor, te cuidaré el flete, te aprontaré el mate.

Gabino. — Por lo visto tú te crees que la guerra es un juego de muchachos.

Gurí. — ¿No me dijiste que el otro día en el paro de rodeo había estado guapazo y que me querías porque no era maula?

Gabino. — ¿Y qué te has creído? ¿Qué a los godos se les puede arriar con el poncho como a ganado? No ... tanto, (como hablando consigo mismo). No, la guerra no es un juego y si lo fuera en él se juega la vida.

Gurí. — ¿Y qué se puede ganar?

Gabino. — La cosa más linda para el gaucho: ¡la libertad!

Gurí. — Bueno para eso quiero ir. Ya tengo una lanza de tacuara igualita a la tuya.

Gabino. — ¿Igual a la mía mocoso?

Gurí. — No, no, parecidita nomás. En vez de hojas de tijera de esquilar como la tuya, tiene una de la tijera de la negra Dominga.

Gabino. — (Riéndose). No hay duda que con eso vas a asustar a los godos. Es que a lo mejor te has creído que todos son lo mismo que el pulpero Manuel y sus hijos.

Gurí. — (Implorando). Aunque fueran valientes como tú y como padrino José Ignacio quiero ir a la revolución. Llévame, Gabino, no seas así. Ya tengo bien tuzado mi pangaré.

Gabino. — (Haciendo ademán de retirarse). Pero déjame en paz Gurí, ni tu matungo ni tú están para estos trotes! (Deteniéndose para hacerle una recomendación) Y cuidadito con andar diciendo eso que has averiguado porque el patrón no quiere que se entere Doña María Julia. (Vase).

Gurí. — No seas malo Gabino, te cuidaré el flete, tocaré el tambor. (Hace mutis detrás de Gabino).

ESCENA SEGUNDA

Dominga, después Pilar y Florinda

(Estos personajes son muy aspaventeros).

Dominga. — (Entrando desaforada). ¡Rosalío! ¡Rosalío! ¿Dónde se habrá metido ese Rosalío? No he visto marido más escurridizo que el mío. Que no se le vea en noche obscura, vaya y pase.

Pilar. — (Entrando). ¿Qué te pasa Dominga?

Dominga. — Dime Pilar: ¿No has visto a Rosalío?

Pilar. — Tú siempre con tu Rosalío. Y así se explica que no te hayas dado cuenta que algo pasa en el pago.

Florinda. — Todo el gauchaje anda alborotado.

Dominga. — ¿Dónde está mi Rosalío?

Florinda. — Recién lo acabo de ver muy compadre con una corneta lustrada y con una tacuara en la mano.

Dominga. — ¡Ah pillo! Con razón lo vi rumbear para el lado del río. ¿Y para qué querrá tacuaras? ¿Se cree que con eso me va a asustar?

Florinda. — No seas boba, la quiere para hacerse la lanza igual que los otros e irse a la revolución.

ESCENA TERCERA

Los mismos y Orfilia. (Niñera)

Orfilia. — (Entrando). ¿Quieren concluir con esos gritos que me van a despertar al niño?

Pilar. — Ya viene ésta con la historia del niño que duerme, como la otra con la del marido que se escapa.

Dominga. — Cómo no va a gritar una cuando su marido tan pícaro prefiere ir a tocar la corneta en vez de estar con su mujer. ¡Ay San Benito mío! qué cosas que pasan; un día de estos me da un patatús. (Se hecha a llorar ruidosamente).

ESCENA CUARTA

Los mismos y Gurí

Gurí. — (Entrando con una lanza en riestre y cabalgando una escoba). Atrás godos matreros o probarán la horqueta de mi lanza.

Orfilia. — No te propases Gurí. Mejor sería que te fueses a la cocina y trajeras un poco de caña con toronjil para la pobre Dominga.

Gurí. — ¿Qué le pasa a ésa?

Florinda. — Le han dicho que Rosalío se va con los gauchos para andar a monte y dejarla sola.

Gurí. — Rosalío se incorporó a la columna del patrón para ir a pelear contra los godos y ha hecho bien, la revolución traerá la libertad para todos los orientales y hasta para los morenos.

Dominga. — (Reaccionando de golpe). ¡Con que ha hecho bien, Gurí de malas artes! (Se avalanza sobre Gurí).

Gurí. — (Conteniéndola con la lanza). Atrás he dicho. Muera la esclavitud.

Orfilia. — El amo se va, ¿es cierto Gurí?

Gurí. — Seguro, si es el caudillo de estos pagos; a todos nos invitó.

Orfilia. — Pobre amita, ella nada sospecha y hoy lo espera de Montevideo.

Gurí. — ¡Ja! ¡Ja! De Montevideo! Será de los pagos de Soriano.

Orfilia. — ¿Qué sabes tú, chingolo?

Gurí. — ¿Acaso no nos informó al capataz y a mí?

Pilar. — ¿A ti?

Gurí. — Digo a mí porque aunque yo estaba detrás de la puerta, me dí por informado.

Pilar. — Cuando no vas a hacer una de las tuyas. Dínos de una vez para dónde va el amo.

Gurí. — El patrón le dijo al capataz que fuera juntando toda la gente de Canelones, mientras él iba a ponerse

de acuerdo con Pedro Viera y Venancio Benavídez, que son los que van a dar el grito de libertad en Asencio, el 28 de Febrero.

Dominga. — ¿Y para dar ese grito esos Viera y Benavídez necesitan tanto apronte?

Gurí. — No seas irrespetuosa, morena charlatana; ese grito no es como el del chajá y los que das tú a cada rato llamando a Rosalío por cualquier cosa, sino que es un llamado a todos los criollos de ley, para que nos pongamos en armas contra los dominadores de la patria.

Florinda. — ¡Pero mira este Gurí! ¿Desde cuándo estás tan letrado?

Gurí. — Desde que el patrón me informó que los Españoles traían un yugo con intención de hacernos bueyes.

Sra. de Avila. — (Llamando desde adentro). ¡Orfilia!

Orfilia. — La señora me llama. Ojalá el niño no se haya despertado! (Vase).

Dominga. — Yo voy a ver si encuentro a Rosalío y me lo traigo de una oreja. Yo le voy a dar revolución; si quiere pelear que lo haga conmigo. Después de todo yo soy el jefe.

Florinda. — Yo me voy a ver a la mujer del capataz para que me dé noticias.

Pilar. — Y yo también.

Gurí. — (Azuzándolas con la lanza). ¡Avancen godos cautivos! ¡No intenten disparar porque los achuro!

Dominga. — Quédate quieto atrevido o te quito la tacuara y te la rompo en las costillas. (Reconociendo la tijera). ¿Qué veo? ¡Si es mi propia tijera! (Gurí huye). (Dominga cómicamente enfurecida se quita una alpargata y se la arroja y hace mutis).

ESCENA QUINTA

Señora de Avila y Orfilia. (Con muñeca)

Sra. de Avila. — ¡Qué calor ha hecho hoy; no recuerdo un febrero más ardiente! Aquí se está bien (Acomo-

dándose en un banco). Tal vez el niño lloraba incomodado por el calor. Alcánzamelo Orfilia. (La esclava obedece). ¡Pobrecito, mi hijo! ¿Verdad que Vd. tenía mucho calor? ¡Mírale Orfilia qué rico es, cómo mueve los labios; parece que quiere hablar!

Orfilia. — Es cierto, mi amita; hoy me pareció que quería decir mamá.

Sra. de Avila. — ¡Tan buenito él! Tal vez llamará a papá que hace días que no lo ve. A ver, diga pa-pá. Ya se viene la noche y José Ignacio no ha llegado; Orfilia, mira por el lado del camino a ver si ves algún jinete a la distancia.

Orfilia. — Allá voy señora.

ESCENA SEXTA

Sra. de Avila con el hijo, después J. Ignacio

(La escena lentamente se va envolviendo en los matices del atardecer).

Sra. de Avila. — ¡Dios mío! Qué terribles presentimientos. No sé por qué me parece que todos me ocultan algo. Estoy anhelosa de que llegues, José Ignacio, aunque me parece que ni tu llegada me traerá el reposo. Nene mío, bostezas, tienes sueño, mamita te va hacer dormir. Ya comprendo lo que quieres decir con ese canturreo; que te cante. (Le canta).

1

Sobre la llanura
verde y ondulada
cae dulcemente
la tarde morada...

2

Entre dos colinas
como en una cuna
el sol se ha dormido
lejos de la luna.

3

Protegiendo el sueño
del niño divino
se ha dormido el monte
y sueña el camino.

4

Se emociona el aire
con una canción.
Laten los galopes
en mi corazón.

(Entra J. Ignacio sin ser advertido y contempla emocionado la escena).

Sra. de Avila. — ...¡José Ignacio! (J. Ignacio estrecha entre sus brazos a la madre y al hijo).

ESCENA SEPTIMA

José Ignacio y María Julia

M. Julia. — Entonces, es cierto, ¿partes?

J. Ignacio. — *(*Mudo de emoción, hace un gesto de asentimiento*)*.

M. Julia. — Me dejas. *(*Señalando al niño*)* Nos dejas!

J. Ignacio. — Es doloroso, pero es necesario.

M. Julia. — ¿Qué me diré a mí misma cuando tu hijo te llame?

J. Ignacio. — Dile que le ha nacido una hija a todos los Orientales, más pequeña que él porque es recién nacida y que mi deber, es protegerla ya que está rodeada de enemigos. Esa hija que nos ha nacido a todos se llama América, y ella debe crecer en nuestros brazos y tanto y tan pronto, que llegará a ser como una madre para todos, porque a su amparo vivirán grandes y pequeños construyendo lo que será espejo de naciones. (Exaltándose) Dile eso, María Julia, que él como es varón comprenderá y se honrará de que su padre haya luchado para dejarle tan noble herencia.

M. Jùlia. — Y yo? (Irónica) pero bah... qué significa un corazón amante de mujer en el camino de un héroe. (Llora).

J. Ignacio. — (Con dulzura y firmeza al mismo tiempo) María Julia, sabes bien lo que os amo y Dios sabe con cuánto valor afrontaría un escuadrón de enemigos antes que esta escena que me desgarra el alma. Sé fuerte tú también. Tú misma me despreciarías si en este instante en que la libertad llama a todos los

hombres, yo permaneciese a tu lado. Si esta hora es de pruebas y de varones, tienes que sufrir junto con nosotros. Yo voy a luchar por el destino de mi hijo y el de todos los demás; y cuando regrese a las casas será cuando el fulgor de la libertad se anuncie al pago en las puntas de las lanzas. (Suena un toque de clarín) María Julia, se acerca la hora de partir. Sé fuerte ahora como has sido siempre tierna y amorosa.

M. Julia. — (Reaccionando va hacia el lateral izquierdo, recoge la lanza que estará apoyada en la pared y se la entrega a su esposo). Vé esposo mío, héroe mío; seré digna de tí. (Se abrazan).

(De afuera se oyen galopes y movimientos de armas. José Ignacio se separa de pronto de su esposa y sale como huyendo. Una vez retirado José Ignacio, María Julia permanece con el niño en alto por el lugar donde ha desaparecido aquél. Se oyen voces de mando, y pasan por la escena sombras de jinetes como alargados por los últimos rayos del sol poniente. El galopar de los caballos repercute en la escena. Cuando éstos se extinguen María Julia cae desmayada en los brazos de Orfilia y Florinda que acuden en ese instante y la sostienen).

Fin del cuadro tercero

CUADRO CUARTO

ESCENA PRIMERA

Azotea de la casa de campo de José Ignacio en las inmediaciones de Las Piedras).

Gurí y Tacuabé. Al final, Dominga.

Gurí. — (Caminando a gatas y dirigiéndose a Tacuabé que no se atreve a seguirlo) ¡Ah indio maula! ¡Qué se-

ría si te hubieras encontrado como yo en medio de las balas, en los combates de Paso del Rey y San José!

Tacuabé. — ¿Gurí y tú peleaste de veras?

Gurí. — Si no pelié no fué por falta de voluntad, sino porque padrino no quiso ¡Si fuera por mi gusto!...

Tacuabé. — A facón, yo no tendría miedo, pero los tiros...

Gurí. — No te voy a negar que cuando uno siente los primeros, de lo único que tiene ganas es de disparar. Te acomete un temblor en todo el cuerpo y se te ponen los pelos de punta. Pero no sólo a mí, sino hasta los gauchos más crudos. Así le pasó a Gabino.

Tacuabé. — ¡Ahí te quería ver!

Gurí. — Pero después que oímos la voz de don Manuel Artigas, y las cosas que decía sobre la libertad, sentimos como un fuego en la sangre, y las ganas de vencer o morir!

Tacuabé. — ¿Y entonces, que hacías tú?

Gurí. — Padrino que estaba enojado porque me había incorrado sin su permiso, me mandó para atrás de las líneas al cuidado de Rosalío pero yo ví y lo sentí todo.

Tacuabé. — ¿Así que Rosalío no peleó tampoco?

Gurí. — Por culpa mía, según decía él.

Tacuabé. — A lo mejor estaba contento.

Gurí. — No sé que decirte; ¡es tan lindo pelear! ¡Sobre todo cuando uno ve que el enemigo empieza a aflojar! como en Paso del Rey, de donde huyeron a San José.

Tacuabé. — ¡Godos maulas!

Gurí. — No te vayas a creer que son tan maulas, ¡es que los gauchos son muy valientes! Como se la veían mal se encerraron en San José. Allí se rindieron a discreción. A decir verdad, eran menos que nosotros, porque se nos había incorporado Benavídez que ya había vencido a los godos en el pueblo de Colla. Lástima que en San José cayó herido don Manuel Artigas. Pero déjate de charlas y vamos a lo que es lo que pasa aquí.

Tacuabé. — ¿No nos alcanzará un balazo?

Gurí. — No lo creo, porque estamos fuera del alcance de los tiros, y además, ¿qué importa?. (Al sentir la voz de Dominga se esconden).

Dominga. — (Entrando) ¡Gurí! ¡Tacuabé! ¡Para qué me mandarán a cuidar estos potros! Si se quieren ir a dejarse matar, que se vayan, que poco se pierde. (Vase Dominga).

ESCENA SEGUNDA

Gurí, Tacuabé y luego Dominga

(Gurí y Tacuabé salen de su escondite y suben la escalera para dirigirse al mirador).

Gurí. — (Instalado en el mirador) (Dirigiéndose a Tacuabé). Ven al lado mío que de aquí se ve mejor.

(Se oye un estampido de cañón, y Tacuabé retrocede).

Tacuabé. — No es que tenga miedo, pero... pero... ¡Preferiría que fuese a lanza!

Gurí. — Ya están los dos ejércitos prontos. Los Españoles ocupan lo alto de la loma, y apuntan con dos cañones.

Tacuabé. — Si serán ventajeros esos godos.

Gurí. — No creas, demasiado han hecho con salir del pueblo, y en la guerra cada uno se las amaña como puede.

Tacuabé. — Cualquiera diría que ya eres general. (Se oyen estampidos que hacen huir a Tacuabé).

Gurí. — ¡Qué veo! Allá está Artigas. Ven a ver que linda estampa tiene el jefe de los Orientales! (Mirando hacia el lado donde está Tacuabé, acurrucado y con la cabeza entre las manos). No te abatates, muchacho maula, ¡que no se diga que eres indio!

Tacuabé. — (Reaccionando) (Se levanta y se coloca al lado

de Gurí) No soy yo solo el que se asusta de los cañones mira como los gauchos disparan también.

Gurí. — (Desesperado) Es ese maula de Antonio Pérez, que nos está avergonzando. Pero, ¿qué hace Artigas? (Gurí se muerde las manos con desesperación).

Tacuabé. — Los Españoles bajan de la loma y persiguen a los nuestros.

Gurí. — (Haciendo ademán de arrojarse de la azotea) Qué verguenza. Allá voy yo.

Tacuabé. — No seas loco... No seas loco... Te vas a romper la crisma.

Gurí. — Que me importa; prefiero morir antes que ver a los Orientales huyendo.

Tacuabé. — Espérate, Gurí, que ya no escapan más.

Gurí. — (Observando). Ah... Ya comprendo. Fué una linda jugada para que los godos dejaran la loma. Cómo íbamos a huir. ¡Viva Artigas!

Tacuabé. — Mira, ahora que están parejitos en el llano se van a trenzar.

Gurí. — Se van a entreverar.

Tacuabé. — Ya cargan los lanceros Orientales, ¡parece un ventarrón! ¿Quién es aquel oficial tan gallardo que manda el ala izquierda?

Gurí. — ¿No lo conoces? Ese si que es criollo de ley; pelea y canta que da gusto. Es el poeta Valdenegro.

Tacuabé. — ¡Es cierto! ¡Lo oí improvisar una vez en la estancia! Entusiasma verlo pelear, como cuando está punteando una guitarra.

Gurí. — ¡Bien, Valdenegro! ¡Los godos se arrollan como el ganado cuando el resero lo llama! El que manda el ala derecha es Manuel Francisco Artigas, el hermano del jefe.

Tacuabé. — Los Españoles quieren ganar otra vez la colina.

Gurí. — Ahora que están en el llano, cualquier día Artigas los va a dejar volver a la posición que ocupaban.

Tacuabé. — Mira, ¡ya le sacaron un cañón a los godos!

Gurí. — ¡Eso es lindo! ¡Vivan los criollos ¡Viva Artigas!

Dominga. — (Caminando a gatas) Gurí, Tacuabé. Muchachos malditos, por culpa de ustedes voy a recibir un balazo. ¿Por qué el patrón no lo habrá vuelto a las casas a ese sabandija de Gurí? No he visto cachafaz más grande. Este y Rosalío se pueden dar la mano. Gurí!.

Gurí. — ¿Qué quieres Dominga?

Dominga. — La señora dice que entren a las casas que aquí corren peligro.

Gurí. — ¡No te digo!... ¡Ni que yo fuera mujer para estar metido en las casas rezando mientras los hombres pelean! Ya que no me dejan pelear, que me dejen aprender aunque sea mirando.

Dominga. — El ama ordena que vayas.

Gurí. — ¿Tan luego ahora que está tan lindo?

Dominga. — (Entusiasmándose) ¿Quién gana?

Gurí. — ¡Valiente pregunta! ¡Los Orientales!...

Dominga. — ¿Dónde está Rosalío? ¿Lo ves de allí?

Gurí. — ¡Cómo no! Está de clarín de órdenes. Hay que ver qué bien le queda en la jeta negra el bronce lustrado.

Dominga. — ¡No me digas! Pero, ¿corre algún peligro?

Gurí. — Ninguno, él no pelea. No hace más que cantar las órdenes.

Dominga. — Vamos Gurí, que te están esperando, y tú también, Tacuabé, que empiezas a mostrar las mañas de matrero. ¡Fíese uno de estos indiecitos mosca-muerta!

Gurí. — (Que está observando otra vez el campo de batalla) Ahora sí que está lindo! Los Españoles que no han podido ganar otra vez la loma se corren por detrás de los cercos de pita hacia el pueblo. Pero, ¡allí se defienden como peludo en la cueva! En San José nos costó cuatro horas para desalojarlos.

Dominga. — Bueno, basta de historia y vente conmigo que ésa es la orden del ama.

Gurí. — Yo no voy, me aburren los rezos.

Dominga. — ¡Pués irás a la fuerza! ¡Y tú también Tacuabé! (Este obedece).

Gurí. — ¡Pues yo me voy a incorporar a las filas patriotas de donde nunca debí salir! ¡Los criollos nacimos para la libertad, como el sol para alumbrar! (Alejándose) ¡Allá voy Artigas! Y ahora, que se apronten los godos.

(Dominga quiere salir a perseguirlos, pero un estampido la detiene, luego se va).

(La escena queda sola por unos instantes, oyéndose murmullos de voces femeninas que se supone están orando. A lo lejos se escucha atenuado el rumor de la batalla; pero dando la sensación de que ésta toca a su fin, pues los estampidos son cada vez más espaciados y, por último, cesan completamente, después de oirse un toque de clarín. En este instante entran las mujeres a escena precedidas por María Julia).

ESCENA TERCERA

María Julia, un grupo de señoras amigas, esclavas

M. Julia. — ¡Gracias a Dios, parece que la batalla ha concluído! Ay, que regrese sano José Ignacio!

Gurí. — (Entrando) ¡Hemos triunfado! ¡Los criollos y Artigas son valientes como jaguares!

M. Julia. — ¿Cómo está José Ignacio?

Gurí. — Padrino está muy bien, y eso que combatió como el mejor.

M. Julia. — ¡Gracias, Dios mio!

Dominga. — ¿Y mi Rosalío?

Gurí. — El, como toda la gente de la estancia, quedaron sanos y salvos.

Dominga. — Gracias, San Benito mío, no en balde te encendí dos velas.

M. Julia. — ¿Y hubo muchos muertos, Gurí?

Gurí. — De los nuestros pocos, y de los Españoles, gracias a Artigas no hubo más, pues cuando éstos huían, el noble jefe vencedor detuvo el ímpetu de los criollos, que querían lancearlos, con esta orden que fué respetada: ¡Clemencia para los vencidos!

M. Julia. — ¡Generoso Artigas! Ellos también tienen madres y esposas. Clemencia señor, para los amigos y para los enemigos! Protégenos a todos. Padre nuestro que estás en los cielos!

Todos. — Amén.

ESCENA CUARTA

Los mismos y José Ignacio, Braulio, Gabino, Medina y paisanos

J. Ignacio. — (Entrando) ¡María Julia! (Se abrazan).

M. Julia — ¡Qué alegría de verte regresar, sano y triunfante!

J. Ignacio. — María Julia, alégrate también por América. Esta victoria que hemos conseguido hoy, 18 de Mayo de 1811, en estos campos de Las Piedras que son también nuestros pagos, será inolvidable. Es la primera que ganan los Americanos porque las armas de la libertad, no habían sufrido hasta ahora más que derrotas, tanto en el Paraguay como en el alto Perú.

Medina. — Sí, señora María Julia, Artigas se ha llenado hoy de gloria y ha escrito la primera estrofa de este canto épico de la emancipación Americana.

M. Julia. — ¡Bendito sea Artigas y bendita su clemencia!

Medina. — Tan delicado es nuestro jefe que para no ofender la dignidad del vencido, Capitán Posadas, no quiso recoger él mismo la espada abatida del derrotado y tuvo el gesto cortés de hacerla recibir por las manos de un sacerdote.

Gurí. — Hasta a mí se me cayeron las lágrimas cuando ví que Artigas hacía curar a los prisioneros heridos.

M. Julia. — Ojalá los orientales sean siempre tan valientes con el adversario como humanitarios con el vencido.

Medina. — Bueno, ya que la estancia está llena de mozas y mozos y no tenemos que lamentar ninguna desgracia y sí que festejar una victoria, yo pediría que se celebrase con un baile campero el triunfo de Las Piedras.

J. Ignacio. — Encantado, Medina, y ¿qué te gustaría que se bailase?

Medina. — Que se cante y que se baile, un cielito y un pericón.

Braulio. — ¡No hay fiesta sin pericón!

Medina. — Nada más nuestro que esta danza en la que los paisanos, tal vez sin darse cuenta, reproducen el paisaje de nuestros campos (Señalando el paisaje). ¡Miren esas colinas que parecen cantar unidas de la mano y díganme si no es una rueda de pericón!

Braulio. — ¡Habla lindo el payador!

Medina. — Sí, en nuestro paisaje cada una de sus partes está como enamorada de las otras, y más que sensación de quietud, sugiere siempre el ritmo de la danza. Hasta el cielo no es ajeno a ella; tan alegre es nuestro firmamento que en vez de estar fijo, hace girar sus colores celestes y blancos sobre esta pampa ondulada, como el pabellón que forman los pañuelos en este baile oriental.

M. Julia. — ¡Qué placer causa oir cómo el poeta nos descubre la íntima belleza de las cosas entre las que vivimos sin casi advertirlas!

Medina. — Eso en cuanto al paisaje; pero dentro de poco observaréis cómo nosotros mismos lo reproduciremos con fidelidad en las figuras del pericón. Esas manos unidas en la rueda son como lomas que descienden y se levantan en cada valle, mientras el taconeo cadencioso es igual al galope que estremece la tierra con latidos de corazón.

Gurí. — Y ahora que canten las gargantas como si el alma generosa de esta tierra se hiciera música y ritmo en el pericón, que como dice el poeta es igual al paisaje.

(Se canta y se baila el cielito y el pericón. Una vez terminadas las danzas, entra Gurí corriendo).

Gurí. — ¡Padrino, padrino, Artigas y su escolta vienen para las casas!

J. Ignacio. — (Dirigiéndose a los paisanos). ¡Atención! ¡A formar para rendir honores al gran jefe de los orientales!

Final del cuadro cuarto

CUADRO QUINTO

La escena representa el patio de la estancia de J. Ignacio. A la izquierda del actor, la casa. En el centro, gran árbol. A foro, derecha, pequeños ranchos.

(Un coro interno cantará la vidalita. A los pocos segundos entra José Ignacio para quien la canción expresa el estado de su alma, la que experimenta tal como dicen los versos la belleza del paisaje del pago que tiene que abandonar y al mismo tiempo el impulso libertador que mueve su vida).

Coro Interno.

Llanura ondulada
Vidalitá
bajo un ancho cielo
que encurvan galopes
Vidalitá
y afila el pampero.

J. Ignacio. — Cuchillas de mi tierra amigas del cielo.

Coro Interno.

Valles que repiten
Vidalitá
ecos y silencios
donde corren ríos:
Vidalitá
banderas del viento.

J. Ignacio. — Ríos de mi pago, nido de luceros.

Coro Interno.

Brazos de las playas
Vidalitá
brazos maternales,
donde se adormecen
Vidalitá
ríos como mares.

J. Ignacio. — Dulce tierra mía, te defendí como lo mereces y hoy tengo que abandonarte como si no lo merecieras y no te mereciera.

Coro Interno.

Recuerden los hijos
Vidalitá
que nutre esta tierra
que la libertad
Vidalitá
ay, me hará más bella.

J. Ignacio. — Sí, sólo los libres tienen derecho al goce de la belleza.

ESCENA SEGUNDA

José Ignacio y Braulio

J. Ignacio. — (Advirtiendo a Braulio que ha permanecido a respetuosa distancia). ¿Estabas ahí, Braulio? ¿Qué tal?

Braulio. — ¡Linda y fresca madrugada!

J. Ignacio. — ¿Cómo andan las cosas?

Braulio. — Ya se fueron los muchachos a parar rodeo. Dentro de poco hasta la hacienda baguala habrá dejado las islas del monte.

J. Ignacio. — Ya sabes que hoy nos sería fatal una disparada del ganado. En ti confío. Haz de modo que esa hacienda chúcara, esté bien colocada en la tropa y sobre todo, trata de que los más gauchos vayan de punteros.

Braulio. — Está bien, patrón. ¿Tiene algo más que ordenar?

J. Ignacio. — Díme, ¿se cumplieron mis órdenes con respecto a la familia de los peones?

Braulio. — Sí, mandé a cada uno a avisar a su rancho, que hoy es la partida y todos están dispuestos a marcharse. Las viejas lloraban y rezaban; pero bendecían el nombre de Artigas y el suyo.

J. Ignacio. — ¡Lindas viejas! ¡Mis fieles chinas! ¡Cómo iban a fallar! ¡Si nunca su presencia faltó en los duelos y en las fiestas del pago! ¡Cómo no iban a estar frente a la invasión! Sus corazones son recios como los coronillas que desgastan la fuerza del pampero y desgarran la insolencia de su poncho con sus espinas nativas.

Braulio. — Patrón, tal vez ellas sufren más que nosotros; es cierto que sus corazones son fuertes como esos árboles nuestros, que cuanto más envejecen más resisten, pero ... la tristeza de irse a sus años ...

J. Ignacio. — Sí, te entiendo, sin esperanzas de regreso ...

Braulio. — Bueno, patrón, me voy.

J. Ignacio. — No te olvides de mandarme a Nicanor, que por ser el más viejo lo he elegido para que me ayude a disponer todo lo necesario a fin de acomodar a las familias en las carretas y lo que tenemos que llevar. ¡Es buen viejo este don Nicanor!

Braulio. — ¡Si lo será! (Transición). Bueno, patrón, me voy. (Como recordando). ¡Ah!, se me olvidaba. Gurí me

pidió que le hablara para que usted le diera permiso para ir al rodeo. ¿Se lo dá patrón?

J. Ignacio. — (Como abstraído). ¡Muchacho gaucho este Gurí...! ¡Qué criollito! ¡Cuando lo ví aparecer en la batalla de Las Piedras!... Orgullo de oriental y de padrino, fué lo que sentí entonces... ¡Si lo hubiera visto mi compadre el finado Juan Antonio!...

Braulio. — (Con entusiasmo). ¡Me gusta don Ignacio que hable así del Gurí! ¡Si supiera que el muchacho es ya nuestro jefe chico!

J. Ignacio. — ¡Ah, torito!... Después que esté reunida la hacienda, tú y el Gurí, a quien de paso no hay que darle muchas alas, se vienen para las casas, así reciben mis últimas instrucciones.

Braulio. — ¡Hasta ahorita no más, patrón!

J. Ignacio. — (Cuando Braulio va a salir). Mira, si Gurí anda con las boleadoras prendidas a los tientos del recado, vigílale, no vaya a ser cosa que le dé por querer bolear un novillo chúcaro, haciéndose la cuenta de que tiene a tiro a un mameluco invasor.

Braulio. — ¡Já! ¡Já! ¡Já! (Se va).

ESCENA TERCERA

José Ignacio y María Julia

M. Julia. — (Entrando). Buena recomendación, José Ignacio; pero creo que a pesar de tus consejos, el Gurí, se saldrá, como siempre con la suya; y tú, en el fondo, satisfecho. Los dolores de cabeza que todavía nos va a dar.

J. Ignacio. — Sin embargo es justo reconocer que Gurí es valiente como su padre, mi compañero de armas, Juan Antonio.

M. Julia. — Ya ves que de nada le sirvió su valor, lo mataron los ingleses y quedó Gurí huérfano, porque mi comadre no pudo soportar la pena.

J. Ignacio. — En verdad que Gurí, es el retoño de tal tronco. Con semilla de esta estirpe es que nuestra tierra puede llegar a afrontar heroica y decidida, reveses transitorios como el que actualmente sufrimos.

M. Julia. — (Suspirando). ¡Ah, los hombres!

ESCENA CUARTA

Los mismos y Payador

Payador. — ¿Molesto?

M. J. y J. I. — (A la vez). ¿Vd. payador? ¿Quién lo ha enviado? ¿Acaso el jefe?

Payador. — No me ha enviado nadie; me han llamado ustedes sin llamarme, como me buscan todos los hogares que están a punto de partir y aún aquellos otros que tienen la necesidad triste de quedarse.

M. Julia. — A ver si usted payador nos explica: ¿dónde vamos? ¿Qué encontraremos mejor que lo que dejamos?

Payador. — Eso era precisamente lo que querría que todos entendieran. Nos iremos en este ostracismo voluntario, en esta invasión a la inversa, porque no es posible quedarse en la tierra nuestra, cuando está ausente la patria, de la misma manera que no se debe vivir en la propia casa cuando alguien usurpa el hogar, y el honor y la honra están mancillados. ¿De qué serviría que la reja de nuestro arado abriera surcos en la llanura, si las semillas que en ellos sembráramos estuvieran destinadas a alimentar al invasor? En realidad nada dejamos, José Ignacio, nada dejamos, señora. El pueblo marcha llevando consigo todo lo que deja.

M. Julia. — No entiendo lo que dice, pero sus palabras desgarran mis entrañas. (Dirigiéndose a su esposo). José Ignacio, sólo quiero recordarte esto: la casa del hombre es el mundo; pero no olvides que el mundo de la mujer es la casa.

J. Ignacio. — Razón te sobra, querida María Julia; pero tú tampoco olvides que nuestra casa marchará en las carretas rumbo al ostracismo, para volver un día glorioso de libertad, cuando el solar esté libre de invasores y recuperar el hogar que abandonamos. (Emocionado). ¡Comprende, María Julia!

M. Julia. — (Con la voz conmovida por un sollozo que no se atreve a estallar). Comprendo, comprendo . . y por eso lloro.

Payador. — Llore María Julia. Ojalá que todas las mujeres que se van tras de Artigas lloraran como usted. La crueldad que hay en el heroísmo de los hombres se redime con el llanto de las mujeres. En este momento emocional en que la patria está con un pie sobre el estribo para irse orgullosa y altanera, dejando soledad y silencio sobre sus campos, yo pienso, siento y sufro la dolorosa verdad que cargó sobre sus hombros el pueblo de Israel, cuando por seguir a Moisés, el Profeta, se internó en el desierto en amargo y tremendo renunciamiento. Nosotros los orientales cumplimos con alma igual aunque con distinto signo tu mismo venturoso y desventurado "Exodo", pueblo de Israel!

J. Ignacio. — Es tan grande la emoción rebelde que siento oyendo tus palabras, que soy capaz no sólo de quemar los ranchos, sino de enmudecer los ríos, de enlutar los árboles y acallar los pájaros.

M. Julia. — Esposo mío, mi ternura entiende ahora lo que expresas.

J. Ignacio. — Ya era tiempo de que entendieras, María Julia. Tú no ignoras que después de la batalla de Las Piedras éramos dueños de todo nuestro territorio, menos de la plaza de Montevideo. Esta ciudad sitiada por nosotros ya estaba a punto de caer. Fué entonces que los españoles pidieron auxilio a los portugueses y que la Junta de Buenos Aires, cuyos ejércitos habían sido vencidos, en lugar de defen-

dernos, decidió celebrar el armisticio con Elío, a espaldas de Artigas y su pueblo.

Payador. — Por salvar el resto de las Provincias Occidentales nos abandonaban a nosotros a la tiranía portuguesa o española.

J. Ignacio. — Aunque comprendíamos que el gobierno de las Provincias Unidas, tenía sus razones, nosotros, que en San José y Las Piedras habíamos conquistado el derecho de ser libres, lo hicimos pesar en aquel congreso del Miguelete. Allí manifestamos que nos quedaríamos a luchar, solos, contra los portugueses y españoles, aunque fuera con palos, uñas y dientes. Pero nuestra decisión heroica no fué aceptada por el congreso. Se decidió levantar el sitio y abandonarnos a nuestra triste suerte.

Payador. — Fué entonces que Artigas, en la obligación de acatar la orden, miró por última vez las murallas de Montevideo y se replegó en sí mismo, triste pero no vencido. Cumpliría como soldado, pero abandonaría la tierra antes que someterse a los tiranos.

J. Ignacio. — Entonces sus gauchos y su pueblo, adivinando que con él se iba la patria, resolvieron abandonar todo y seguirlo. ¡Cómo íbamos a quedarnos, María Julia! Lo que vale es la patria, lo que vale es el hogar, no el terruño y la casa. Ve esposa, ve segura de ti misma a disponer todo para la marcha.

(Mutis de M. Julia, J. Ignacio la acompaña hasta trasponer la puerta).

Payador. — José Ignacio, por ti hemos hablado todos; Artigas triste, pero sublime al sobreponerse a su victoria y no queriendo vender el rico patrimonio de los orientales al vil precio de la necesidad; el Gurí heroico y desaprensivo del peligro, la china descendiente de charrúa y los charrúas mismos, y hasta yo y mi guitarra, que somos toda el alma de este pueblo, hemos hablado por tu boca.

J. Ignacio. — Lo que yo he dicho, payador, no es más que la verdad, es lo que he visto.

Payador. — Otras cosas verás; pero, eso cuando estés lejos, cuando ya descansando en tierra extranjera sobre la almohada inerte del recuerdo, sientas pasar bajo tu frente la visión de lo que recién está naciendo. (Como queriendo abrazar todo el paisaje y en invocación casi religiosa). ¡Venid a nos, que nos vamos, tú, cuchilla que ondulas con tus finas curvas modeladas bajo el galope de nuestros potros, tú, río nativo que serpenteas marginado por el monte que te oculta y te desnuda, valles y llanuras, también venid a nos, junto con vuestros ranchos y rebaños y vuestros pájaros cantores!

J. Ignacio. — ¡Qué sería de nosotros si no lleváramos todo eso, abrigándolo en nuestras almas!

Payador. — Sería, como guitarras sin cuerdas, como cunas, sin cantos.

J. Ignacio. — (Como abstraído). Ahora veo más; siento más ahora. ¡No en vano mi mano está meciendo la cuna que ha de quedar vacía!

Payador. — ¿Qué escucho? ¿Acaso otro payador desconocido habrá rozado sin querer las cuerdas de mi guitarra?

J. Ignacio. — (Siempre abstraído). ¡Morir y nacer! ¡He ahí el sentido del éxodo!

Payador. — ¡Hermano mío! (Se abrazan).

ESCENA QUINTA

Los mismos, Gurí y Nicanor

Gurí. — (Alegre y saltarín luciendo las boleadoras enroscadas a la cintura y haciendo sonar sus nazarenas nuevas con orgullo infantil). ¡Padrino, padrino! Ya estoy de vuelta y no me ha pasado nada.

J. Ignacio. — (Dominando con esfuerzo la emoción). ¡Gurí! ¡Gurí! (Lo levanta en brazos, besándolo. El payador hace lo mismo).

Gurí. — (Asombrado del recibimiento, se zafa de los brazos del payador y dispara).

Nicanor. — (Dejándole cancha). Oígale al guapo, y raja nomás campo afuera...

J. Ignacio. — ¿Ya está de vuelta, don Nicanor?

Nicanor. — Sí, patrón estoy de vuelta. ¿Y cuándo no lo estuve?

Payador. — ¡Linda juventud la de este viejo!

Nicanor. — Que no deja la ida por la vuelta.

Payador. — Bien, viejo. Refranero y acertado. ¿Qué te parece, José Ignacio?

J. Ignacio. — El viejo Nicanor es para nosotros toda la experiencia del pago y además una gran confianza frente a las tolderías indias.

D. Nicanor. — (Irónico). Patrón, Vd. me mandó llamar para ayudar a cargar las carretas, pero ¿cuáles? ¿Las que se van? (Haciendo alusión al payador) ¿o las que quedan?

J. Ignacio. — No estamos para bromas ni para dichos, hoy que el pueblo Oriental con peones, mujeres, hijos y haciendas, está en retirada.

D. Nicanor. — Está bueno; pero. ¿y quién sonó este clarín que nos condena?

J. Ign. y Pay. — (Se miran con expresión de asombro).

Payador. — No es un toque de degüello, pero el clarín ha sonado. Si Vd. viejo, no es lerdo de oído, pudo saber lo que tocaba el clarín.

D. Nicanor. — (Reaccionando). Oígale al forastero...

Payador. — No tan forastero como Vd. lo cree...

D. Nicanor. — ¿De qué punto y a lomo de qué pena o desengaño vino a parar a estos pagos? ¿Es qué se puede saber?

Payador. — No fué a lomo, ni fué a pie. No vine y sin embargo estoy. No crea don Nicanor que le digo adivinanzas.

J. Ignacio. — (Riéndose del duelo entablado). Con permiso, voy a ultimar los arreglos a las casas mientras sigue el contrapunto.

D. Nicanor. — (Mirando de reojo al payador). Gaucho lindo por la pinta. Diga, qué pago tuvo la suerte...

Payador. — De contarme entre sus hijos...

D. Nicanor. — ¡Velay que mozo ladino! (Tratando de ganarle el lado de las casas). Eso mismo le iba a decir, pero Vd. me echó el retruco, como viéndome las cartas.

Payador. — Pues no me afloje por eso, yo juego con cartas vistas.

D. Nicanor. — Ah, sí... contra flor, el resto y truco.

Payador. — Con flor quiero y retruco, y aunque gane voy a perder.

D. Nicanor. — No pierda, amigo, no pierda, que no me asusta pagar.

Payador. — Pues si de pagar se trata, vaya pelando la plata.

D. Nicanor. — (Medio escamado). Que lo velen al paisano, que nos cayó de regalo. Mi cinto, mi tirador, aunque no tiene moneda está lleno de valor.

Payador. — Dejemos, don Nicanor, este truco sin barajas.

D. Nicanor. — Que es lo mismo que pelear, frente a aquél que no se ataja.

Payador. — Diga, gaucho Nicanor, ya que lleno de experiencia, se me ofrece su existencia, ¿qué opina de un desertor?

D. Nicanor. — Según le caiga y venga, si deserta por cobarde, o porque así le convenga, es triste hacer ese alarde.

Payador. — ¿Y si el hombre fuera Artigas, Jefe de los Orientales?

D. Nicanor. — Ya me veo los chircales y campos llenos de ortigas.

Payador. — No es broma lo que le digo, nuestro pueblo se desgarra.

D. Nicanor. — ¡Empréstemc la guitarra!

Payador. — ¿Mi guitarra? Ahí la tiene. A nadie la confiaría; pero a un gaucho de su laya, hasta el alma le daría.

D. Nicanor. — Yo no sé que contestar —a tan gaucha bizarría— pero le puedo decir —que el alma suya es la mía—.

Payador. — Si usted es pájaro cantor —según pinta su plumaje— ha de pulsar el cordaje —con sentimiento y primor—.

D. Nicanor. — (Toma la guitarra y cuando se dispone a cantar; entra Gurí).

ESCENA SEXTA

Los mismos y Gurí

Gurí. — (Entrando). ¡Oígale al viejo con la guitarra! ¡Qué pinta de payador! ¡Pero de dónde yerba, si es puro palo!

D. Nicanor. — ¿Qué sabes de estas topadas si eres ternero mamón?

Gurí. — No se ofenda don Nicanor, no era para tanto. Usted sabe que estos pagos están llenos de las mentas de sus años mozos... Así, al menos, me lo han contado...

Payador. — No son sólo cuentos... Ahí donde lo ves, me acaba de ganar un contrapunto. Si es ligero como luz para hendilgar la respuesta.

Gurí. — Buen padrino le ha salido don Nicanor, y ahora que lo veo (dirigiéndose al payador) me acuerdo que el patrón quiere hablarle.

Payador. — Allá voy con mucho gusto. (Váse).

ESCENA SEPTIMA

Los mismos menos payador, después María Julia

D. Nicanor. — Yo te voy a enseñar, muchacho, quererme viscachear a mí. Ah, malas artes. (Lo corre).

M. Julia. — (Entrando). Ni en estos momentos vas a tener juicio, Gurí.

D. Nicanor. — Déjelo, señora. Si no me hace nada. Estábamos jaraneando.

M. Julia. — Defiéndalo no más. ¡Así lo tienen de consentido!

Gurí. — Pero madrina... Era para entretener las penas que nos causan estas cosas.

M. Julia. — (Emocionada). Comprendo, hijo mío. (Lo besa). Cómo vas a extrañar tus correrías por estos campos, en que te pasas persiguiendo avestruces y judeando bichos.

Gurí. — Y arrancando macachines y sacando lechiguanas de las que Vd. es tan golosa.

D. Nicanor. — No ve lo ladino que es este Gurí, señora. Si hasta la hizo llorar.

M. Julia. — Pero cómo quiere que no llore. Vete Gurí a avisar a la peonada que vengan a cargar las carretas. (Vase Gurí).

ESCENA OCTAVA

Los mismos menos Gurí

M. Julia. — (Llevándose el pañuelo a los ojos).

D. Nicanor. — Es claro que es duro todo esto para ustedes los jóvenes; pero lo es más para mi corazón que se había hecho la ilusión de que moriría en la querencia.

M. Julia. — Jóvenes y viejos, todos tenemos que sufrir. Hay momentos en que me parece que es una maldición. Haber levantado con tanto cariño estas poblaciones y defenderlas con miles de sacrificios de cuatreros y de indios, y tenerlas que abandonar y tal vez para siempre. Toda mi vida está prendida a estas paredes. Mis juegos de niña, mis sueños de soltera, mi cariño de esposa y de madre. Cómo no llorar cuando todo lo que se quiere se deshace. Toda la casa me llama y hasta el campo santo de la estancia, donde ahora sí, se quedan verdaderamente solos, los queridos muertos. (Solloza).

D. Nicanor. — (Señalándose el costado del pecho) Fierazo el nudo que me está apretando. ¡Quién pudiera consolarla! Ella tan buena. (Levantando el puño). ¡Malditos invasores!

ESCENA NOVENA

Los mismos, José Ignacio y peonada. Después Braulio

J. Ignacio. — Bueno María Julia, ya está todo listo. (Advirtiendo que llora) No llores querida. No te tortures frente a una desesperanza que no existe. Nuestro hogar somos nosotros y ya ves que nos vamos estrechados en un abrazo más fuerte y hondo.

Braulio. — (Entrando) Patrón, ahí está el pulpero D. Mariano que pide irse con nosotros.

Gurí. — Y para qué queremos a ese godo. Si ni siquiera sabe montar a caballo.

J. Ignacio. — ¡Cállate, gurí! Nadie te pide opinión.

Braulio. — Según colijo, ya ha cargado toda la pulpería en una carreta porque cree que va a ganar más con nosotros que con sus iguales allá en Montevideo.

J. Ignacio. — Bueno Braulio, dile que pase.

Braulio. — (Acercándose hacia el foro y con un ademán displicente). Acérquese nomás Don Mariano. El patrón le quiere hablar.

Mariano. — (Es un personaje obsequioso que hace esfuerzos por hacerse simpático. Viste con cierta presunción pero su indumentaria resulta chocante por la mezcla de prendas ciudadanas y campesinas). Buen día, don José Ignacio. Buen día paisanos.

J. Ignacio. — Buen día, Mariano.

Mariano. — Ya lo habrá enterado Braulio del objeto de mi visita

J. Ignacio. — Sí, efectivamente; y aunque me extrañó mucho al principio que usted que es español quisiera irse con nosotros, enemigos de España, comprendí luego las causas y me dí cuenta que para ustedes los pulperos, la ganancia es lo primero y además dice que el comercio no tiene patria.

Nicanor. — Esto se llama dar en la matadura.

Mariano. — (Aparentando no haber escuchado a D. Nicanor, pero conteniendo la rabia). Efectivamente, señor José Ignacio, el comercio acerca a los pueblos y es factor de civilización.

J. Ignacio. — Basta Mariano, te permito ir. ¿Elegiste lugar para tus cosas en las carretas?

Mariano. — Si, señor.

Gurí. — Antes de darle permiso pídale que nos fíe algunas latas de dulce y algunas galletitas...

Nicanor. — Y tabaco y cuerdas para la guitarra.

Mariano. — Con la orden del patrón, no tengo inconveniente. Bueno, con su permiso voy a retirarme para vigilar a mi dependientes.

J. Ignacio. — Buen viaje y buen negocio.

Mariano. — Muchas gracias... (Vase).

D. Nicanor. — Adiós, godo, amigo... del cinto de los gauchos. (Los paisanos festejan la ocurrencia).

Braulio. — Bueno, patrón la hacienda ya está en marcha; y dispuse lo necesario para que se cumplan sus órdenes de quemar los ranchos. ¿Qué caballo quiere que le ensille?

J. Ignacio. — Para mí el overo rosado y para el Payador el azulejo ensillado con mi apero de paseo.

Gurí. — Padrino ¿a mí me deja ir con mi pangaré al frente de las carretas?

Nicanor. — ¡Lindo Gurí! ¡Al frente, siempre al frente! Tú eres señuelo de tu tierra gaucha y el día que vuelvas a ella lo harás trayendo a tu patria en ancas... Tienes pasta de caudillo... ¡Gurí ladino, quién fuera tu padre!

(Los mismos y María Julia, después peones y Franciscano).

M. Julia. — (Con el niño en brazos lo acerca a J. Ignacio y éste lo besa).

J. Ignacio. — ¿Qué tal, mocito? ¿Ud. no tiene miedo verdad?

Nicanor. — Que ha de tener! Diande! Hijo de tigre, overo ha de ser!

(Pasan los peones con la cuna, con jaulas y macetas) (Entra Franciscano).

M. Julia. — Cuidado Hilario con la cuna del nene!
Hilario. — Si señora. Y usted Rosendo, trate de que los pájaros y las plantas vayan bien acomodadas.
Franciscano. — ¡Cuidado los pájaros y cuidado las plantas! ¡Ellos también son hijos de Dios!
Nicanor. — Está bien, padre.
Franciscano. — ¡Más que el techo de una casa, un trino y un perfume están compenetrados con el hogar!

Los mismos y Paisana 1.a

Paisana 1.a — ¡Patrón, patrón! ¡Están quemando los ranchos! ¡Y dicen que Ud. permite esa herejía!... ¡Cómo se va a quemar por gusto el sitio donde se vive, el techo que nos cobija!... ¡Cuánta desgracia Dios mío!

Nicanor. — ¡Los ranchos, pobres ranchos!... Es triste verlos arder!
Peones. — (En coro) Los ranchos, pobres ranchos!...
J. Ignacio. — Pero es necesario, paisanos, aunque sea doloroso. Peor sería que la casa que abrigó a orientales fuera manchada por la presencia del invasor.
Payador. — Esos ranchos quemados quedarán como piras votivas que jalonarán el camino a los que nos quieran seguir y como muñones amenazantes que le dirán al invasor que no en vano se entra en tierra de gauchos.
Gurí. — ¡Muy bien, payador!
Todos. — Viva el payador!

M. Julia. — Que cante el poeta, que cante el payador de esta tierra, improvisando algo sobre el adiós al pago!

Todos. — ¡Sí, que cante!

Payador. — (Toma la guitarra, y canta) (En caso que el intérprete de payador no sepa cantar, dirá: "No, que cante el pueblo" Y será el coro el que cantará el estilo).

Adios dulce tierra mía,
que en el hombro de tus lomas.
como a mimosas palomas,
recibe el sol cada día.
Tierra que es también bravía
y el mismo cielo acaudilla,
jineteando la cuchilla
que ondula cual redomón,
tierra donde la emoción
se luce como golilla.

Tierra graciosa y gentil
hecha a imagen de tus hijas,
pero que también cobijas
centauros de alma viril.
Desde el Plata hasta el Brasil
te abres en corazón,
tierra donde la agresión
ni se busca ni tolera,
tierra que sueña y espera,
como el nido y la canción.

Todos. — ¡Muy bien, payador!

J. Ignacio. — Medina, ¿tú estás pronto para la marcha?

Payador. — Un payador no lleva consigo más que el caballo y el camino.

Gurí. — ¿Y la guitarra?

Payador. — La guitarra no; la dejaré vibrando sobre este árbol. (Colocando la guitarra en el árbol) Sí, quedara suspendida en estas ramas nativas para que

el pampero haga tañer su cordaje y recuerde a los que se quedan que hemos de volver y a nosotros que la dejamos, nos reclame con su lamento heroico que avivará en nuestros corazones el voto sagrado que sabremos cumplir!

J. Ignacio. — Sí, patria mía, ¡sabremos cumplir!

Todos. — ¡Sabremos cumplir!

M. Julia. — Y ahora, usted padre, bendíganos!

Todos. — (Arrodillándose).

Franciscano. — (Impartiendo la bendición) ¡Bendito seas, pueblo oriental que vas en el éxodo buscando las tablas de la ley, como antes el pueblo de Dios!

TELON

Humberto Zarrilli.
